



FAMILIA PATRIARCAL O REDES SOCIALES: BALANCE DE UNA IMAGEN DE LA ESTRATIFICACIÓN SOCIAL

Zacarías Moutoukias*

I.

Los estudios sobre el papel de la familia y el parentesco en la vida económica y social de América latina colonial componen una compleja intersección conceptual, dentro de la cual los temas vinculados a la organización interna de los segmentos dominantes y su articulación con el poder ocupan, sin duda, el lugar central. Y esos son los que interesarán en este texto. Más precisamente, se intentará mostrar que una valoración crítica del concepto de familia patriarcal, hecha a partir de nociones tomadas del análisis de redes sociales, puede afectar tanto nuestra visión de la estratificación social en su conjunto como el concepto mismo de poder y de acción política en una sociedad colonial de Antiguo Régimen, como la de América Latina pre-independiente. El tema forma parte de expedientes que ya tiene más de un par de décadas. A pesar de lo cual podemos entrar por un atajo poco frecuente: uno de los aspectos más citados del pensamiento de Gaetano Mosca es la asociación que establecía entre organización política y estratificación social de los grupos dominantes. Desarrollando esta idea, definía al estado feudal como la organización política en la cual un mismo individuo o grupo de individuos ejercía todas las funciones ejecutivas de la sociedad: económicas, judiciales, administrativas y militares.¹

Como sabemos, dicha reunión de funciones ha sido reiteradamente estudiada o, al menos señalada, en los trabajos sobre la historia social de Iberoamérica colonial, aunque sin

* Universidad de París VII.

¹ Gaetano Mosca, *Elementi di scienza politica*, Torino, Bocca, 1923, cap. III, § 6; ver también Ettore Albertoni, «La doctrine politique de Gaetano Mosca. Formation, subdivision périodique, interprétations critiques et problèmes théoriques (1879-1982)», *Archivio internazionale Gaetano Mosca per lo studio della classe politica*, Serie internazionale, Vol. II, Milano/Montréal 1984, pp. 21-77.

referencia a los análisis del politólogo italiano. Entre sus más tempranas formulaciones, personalmente creo que una de las más transparentes y precisas ha sido la de Stephanie Blank: en la Caracas de fines del siglo XVI y principios del XVII, la élite era un grupo monolítico de hombres que desempeñaban simultáneamente funciones de dirección económica y conducción política.² Siguiendo la misma asociación de ideas, Ladd afirma que en el México de finales del siglo XVIII y principios del XIX, el hacendado, el oficial, el militar, el patrono de la Iglesia, el cortesano, solían ser los diversos papeles desempeñados por un solo patriarca.³ Aunque ni una ni otra se detienen en la naturaleza jurídica de algunos de esos cargos, como lo hace Tamar Herzog.⁴ Puede parecer algo forzado yuxtaponer los análisis globales de Mosca con resultados de investigaciones de casos particulares en América latina colonial. El primero realiza en realidad un trabajo de conceptualización, contraponiendo la organización burocrática que contaba con personal especializado, a los estados feudales formados por pequeños agregados sociales cada uno de los cuales poseería los órganos necesarios a la autosuficiencia. En cambio, en lo que se refiere al aspecto en cuestión, los estudios mencionados por lo general tratan de describir, en sociedades más complejas, los tejidos sociales que, basados en el parentesco, la afinidad y la clientela, articulaban los grupos dominantes otorgando los medios para la gestión simultánea de esas diferentes funciones, entre las cuales algunos incluyen la burocrática y otros, los más, la consideran separadamente. Aun así, me ha parecido conveniente comenzar con ese paralelo cuya pertinencia no parece requerir otros comentarios, pues se basa en los problemas que plantea la imbricación de funciones y la relación entre organización política y estratificación social. Nos permite delimitar un campo de discusión sobre las formas sociales que aseguraban la articulación de los ámbitos políticos y económicos, generando modos de estratificación y movilidad social.

En ese sentido, entiendo que es importante no solo debatir en términos de un balance crítico de una historiografía, sino sobre todo confrontar algunas de las ideas fuertes que en ella han circulado. Numerosas razones convencen de ello con bastante facilidad. La primera está vinculada a una afirmación elegantemente exagerada de Stern, según la cual los estudios de caso del mundo noreuropeo sirven de base para un conocimiento paradigmático, mientras que los estudios de caso referidos a sociedades que alguna vez se llamaron del Tercer Mundo sustentan un conocimiento de la diferencia. Así formulada —y a pesar de sus propias matizaciones— la afirmación amputa importantes esfuerzos de conceptualización autónoma, que no es el caso discutir aquí.⁵ No obstante remite a una situación real y frecuentemente señalada de verdadero intercambio desigual. Para responder en el quizás insuficiente plano de la producción académica, en mi opinión debemos recurrir a los clásicos, tan masivamente como sea necesario, para formular en términos universales y comparativos nuestros problemas de investigación. Por otra parte, las propias opciones del texto dificultan una discusión a partir de una reunión exhaustiva de trabajos. En efecto, dentro del cruce de problemáticas adoptado, se debería tomar en cuenta trabajos como los de Phelam, Halperin

² Stephanie Blank, «Patrons, brokers and clients», *The Americas*, vol. XXXVI, n° 1, julio 1979, p. 90.

³ Doris Ladd, *La nobleza mexicana en la época de la independencia, 1780-1826*, México, FCE, 1984 (1ª ed. en inglés, Austin, University of Texas Press, 1976), p. 102.

⁴ Tamar Herzog, *La administración como un fenómeno social. La justicia penal de la ciudad de Quito (1650-1750)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1995.

⁵ Steve J. Stern, *The Secret History of Gender. Women, Men, and Power in Late Colonial México*, Chapel Hill & London, The University of North Carolina Press, 1995, p. 310.

Donghi, Flores Galindo y Saignes, probablemente entre los mejores de la historiografía colonial. Aunque bastante distintos entre sí, participan de un clima de ideas —que se iba abriendo camino desde finales de los '60— sobre los grupos sociales, sus relaciones y conflictos, el desarrollo de estrategias alternativas dentro del sistema colonial y el ejercicio del poder o la acción política. Algunas veces dentro y otras al lado de ese clima surgieron también los estudios sobre el papel del parentesco y la familia. Abarcar en pocas páginas y con cierta seriedad un conjunto de trabajos así circunscritos sería simplemente imposible.

Pero la principal razón por la cual me parece debemos discutir un conjunto de conceptos más que un grupo de trabajos, está vinculada a una de las características internas de dicha historiografía, que dificulta la síntesis de aspectos complementarios. En efecto, los diversos criterios de adscripción monográfica y de organización de la investigación suelen transformarse en supuestas diferencias regionales o en una yuxtaposición incongruente de conclusiones. Tomemos un ejemplo: en su estudio sobre política y parentela, Linda Lewin destaca la estructura bilateral (o ambilineal) del sistema de parentesco «brasileño», caracterizado, entre otras cosas por la inestabilidad en el uso de apellidos.⁶ Paralelamente, para el mundo hispanoamericano distintos autores se refieren al «modelo» de tres generaciones, a cada una de las cuales se le asigna estrategias propias. En aparente contraposición con el universo anterior, esto supone una visión de los racimos familiares como grupos corporativos claramente delimitados y dotados de unívocas memorias genealógicas (por lo menos hay que poder contar las generaciones desde un punto de partida indiscutible para que haya pautas de comportamiento exclusivas de una generación).⁷ Sin embargo, más que de diferencias regionales, se trata aquí de distintas maneras de abordar un mismo tema. El sistema castellano es igualmente bilateral y está basado en simples principios jurídicos de devolución igualitaria de bienes a los herederos forzosos de ambos sexos. Esto implica la coexistencia de diversas vías posibles de identidad genealógica, alternativamente utilizadas, lo cual a su vez afecta nuestra visión de los grupos sociales. Piénsese en las divergentes maneras de abordar la cuestión de la estabilidad/inestabilidad de las élites que resulta según uno u otro enfoque. Así, los minuciosos estados de la cuestión que frecuentemente se publican en las principales revistas de la profesión, tan útiles para un trabajo bibliográfico, no desempeñan ningún papel en la conceptualización de los problemas que plantea un campo específico de investigación.

Entonces, como se ha dicho al principio, dentro del tipo de historia social de Iberoamérica colonial que ha predominado en los últimos treinta años, se ha elegido la más clásica de sus ideas fuertes, la de familia patriarcal, por sus implicaciones sobre la manera de conceptualizar las formas de poder, acción política y comportamiento económico. Para tratarla, se ha elegido una insólita reunión de clásicos, Elizabeth Bott y Friedrik Hayek.

Desde las tempranas afirmaciones sobre la importancia de los vínculos familiares en la reproducción del grupo y su estratificación interna, hasta los más recientes debates sobre las

⁶ Linda Lewin, *Politics and Parentela in Paraíba: A Case Study of Family-based Oligarchy in Brazil*, Princeton, Princeton University Press, 1987, pp. 128 y ss.

⁷ Diana Balmori, Stuart F. Voss, y Miles Wortman, *Notable family networks in Latin America*, Chicago, Chicago University Press, 1984; ver los comentarios de Kuznesof a ambos trabajos en «The History of the Family in Latin America: a critique of recent work», *Latin American Research Review*, vol. XXIV, n° 2, 1989; una imagen bastante diferente de familia, parentesco y redes sociales puede verse en los trabajos reunidos por Jean-Pierre Dedieu y Juan Luis Castellano (dirs.), *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l'Ancien Régime*, París, Ed. du CNRS, 1998.

complejas interacciones entre sexos o del papel de una cultura aristocrática en el interior de dinámicas configuraciones patriarcales,⁸ las ideas asociadas al predominio de las grandes familias patriarcales ha resultado de una acumulación estratificada de nociones. Por lo esencial estabilizadas con las publicaciones realizadas en los años '70 y '80, permanecen como una establecida matriz interconectada de ideas o conceptos. Aquí me centraré en cuatro de ellas: a) la definición misma de familia y el lugar del parentesco; b) la figura del patriarca; c) ciertos mecanismos de movilidad geográfica y social; d) el «modelo» de la red de familias notables y su ciclo de tres generaciones. Estos diferentes aspectos circunscriben una visión corporativa, como unidades casi discretas, tanto de los lazos como de los grupos sociales.

En cuanto al primer aspecto, todos sabemos que al hablar de familias en nuestro contexto nos referimos a las ampliadas. No es necesario insistir en que éstas comprenden la unidad doméstica, esclavos o sirvientes, criados de distinto estatuto social y parientes. No conozco trabajos que hayan afirmado la existencia de claras tendencias modales respecto de la cohabitación de distintas (más de dos) generaciones, y quizás eso no sea demasiado importante. Las cosas se tornan algo más complejas al considerar estas unidades domésticas en sus relaciones con otras y con nociones como las de estirpe y linaje. Según lo que se afirma en la mayor parte de los estudios, en principio constituyen unidades más amplias de personas emparentadas, desde los «clanes» de Buenos Aires, hasta las «grandes familias» de México, en el interior de las cuales existía especialización de funciones y distribución jerárquica de roles, incluyendo los que conciernen a las diferencias de sexo. Con frecuencia se ha utilizado la idea de familia como grupo corporativo de descendientes de un antepasado común, cuya unidad —por obvia consecuencia de lo anterior— trasciende las generaciones. Esto no obstante los cambios de apellido entre generaciones de una misma familia, frecuentes en el sistema castellano (además del uso normal del apellido de la madre), problema casi siempre esquivado, cuando no se lo trata con desconcertante ignorancia en algunos análisis sobre el ciclo de tres generaciones.

Por otra parte, casi todos los estudios constatan la existencia de grupos de consanguíneos y aliados asociados en negocios. La «familia empresaria» de Lindley, producto de la alianza de terratenientes y comerciantes incitada por la escasez de crédito, o la empresa familiar de Kicsa, podían así controlar un abanico diversificado de recursos. Pero no está clara la relación entre estos conjuntos y las unidades domésticas y su jefe. Lo cual reviste importancia en la medida en que para la mayoría de los autores no son los individuos, sino dichos conjuntos quienes desarrollan estrategias colectivas y reproducen pautas de alianza. Como quiera que de ello fuere, «clanes», familias notables, «grandes familias», todos aparecen como conjuntos claramente delimitados, como una suerte de organización cuya dirección constituye casi un cargo al cual se someten los demás miembros. La posición social de estos es, en esta visión, una función del lugar que ocupa la familia. Como natural corolario de estas nociones, los lazos en el interior del grupo han recibido atención privilegiada o casi exclusiva, aunque naturalmente esto no se pueda generalizar a todos los autores.⁹ Aún más,

⁸ Patricia Seed, *To Love, Honor and Obey in Colonial Mexico. Conflicts over Marriage Choise, 1574-1821*, Stanford, University of Stanford Press, 1988; Stern, *The Secret History...*, *op. cit.* Capítulo I; Frédéricque Langue, «Le cercle des alliances. Strategies d'honneur et de fortune des aristocrates vénézuéliens au 18e siècle», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, vol. 54, n° 2, marzo-abril 1999, pp. 453-480.

⁹ Hay quienes no dudan en tomar en cuenta otros lazos, como hacen Ladd, *op. cit.*; y Bernard Lavallé, *Le Marquis et le marchand. Les lutes de pouvoir au Cuzco (1700-1730)*, Bordeuax, MPI, 1987, aunque en

dentro mismo de una problemática centrada en el estudio de la familia, al permanecer oscuras las relaciones entre parentesco y unidad doméstica, se estudian las relaciones en el interior de un grupo cuyo contorno en realidad se define por los lazos que se estudian. Así se otorga una existencia auto evidente a una construcción nacida de una trampa circular, que alimenta el uso ingenuo de un tipo de fuente. Las «redes de familias notables», tal como se presentan en el libro de Balmori *et alii*, quizás constituya el mejor ejemplo de ello. No se trata entonces simplemente de apoyarse en los trabajos existentes sobre las familias y pasar a la etapa siguiente y estudiar sus conexiones recíprocas o las relaciones entre distintos segmentos sociales. Considerar a los agrupamientos familiares a partir de espacios sociales más amplios, estudiando relaciones entre individuos, modifica la representación misma de la familia al reconstruir los mecanismos por los cuales esos individuos, al mismo tiempo que construyen dichas configuraciones, negocian sus cambiantes posiciones relativas.

Menos problemas presenta la definición del patriarca, naturalmente vinculado a las nociones anteriores. Poco se puede agregar a lo escrito por Ladd y Blank. Como se ha dicho en una de las más tempranas definiciones del tema, «...en el mundo colonial hispanoamericano, el ideal más sobresaliente y ampliamente compartido era patriarcal señorial y comprendía la residencia urbana, grandes propiedades, ganado, sirvientes, esclavos, empleos honrosos...». Que no difiere de la que más tarde se da para los titulares de las «grandes familias» mexicanas, obviamente caracterizados por su «...incomparable riqueza, la diversidad de sus intereses e inversiones, el éxito de sus prácticas comerciales, los honores que habían recibido, su habilidad para colocar a sus hijos en los grados más altos de la administración civil o eclesiástica, sus estrechas alianzas con otros importantes líderes políticos y eclesiásticos, sus alianzas matrimoniales y, como culminación de todos estos factores, su longevidad en la cima de la jerarquía social...».¹⁰ Más recientemente se insiste en la cultura aristocrática y los ideales de honor que comparten.¹¹

De lo dicho, creo importante subrayar dos aspectos. El primero es la distinción que los antropólogos realizan entre las funciones de patriarca y la de mediador (*broker*), sobre la que Blank se ha detenido, pero que ha recibido poca atención. Como se sabe, la primera está asociada al control de los recursos, mientras la segunda a la dinámica relación entre agentes. El segundo se vincula con los profesionales de la intermediación, los comerciantes. Ambas están poco especializadas, pues están presentes en una misma persona o en un tejido fuertemente interconectado. Pero es necesario «modelizarlas», por lo que ello implica en las relaciones entre segmentos sociales. El segundo de los aspectos, en realidad son dos temas vinculados a la cuestión del honor. En economías como la de América latina colonial existe una obvia relación entre honor, crédito de la persona y acceso al crédito. Por otra parte, los cargos constituyen una de las principales fuentes de honor, pues implica una relación con la persona del rey que a su vez confiere un reconocimiento público de virtudes privadas. Como esos «empleos honrosos» suponen fuero o justicia, volvemos a las definiciones de Mosca.

general se agrupa a estos lazos en las relaciones de clientela (ver Stephanie Blank, «Patrons, clients and kin in seventeenth century Caracas: a methodological essay in Colonial Spanish American Social History», *Hispanic American Historical Review*, vol. 54, n° 2, 1974).

¹⁰James Lockhart, *Spanish Peru. 1560-1632*, Madison, 1967; y John Kicsa, *Colonial entrepreneurs. Families and bussines in Bourbon Mexico City*, Albuquerque, 1983.

¹¹Zacarias Moutoukias, «Réseaux personnels et autorité coloniale: les négociants de Buenos Aires au XVIIIe siècle», *Annales E.S.C.*, n° 4-5, 1992, pp. 889-915; Stern, *The Secret History...*, *op. cit.*, Capítulo I; Frédérique Langue, «Le cercle des alliances...», *op. cit.*

La tercera de las ideas asociadas a la noción de familia patriarcal, arriba mencionada, se refiere a la existencia de una relación entre pautas matrimoniales y movilidad, geográfica y/o social. Desde el rústico y ajetreado «modelo» de Brading de matrimonio preferente de la rica heredera criolla con el paisano o pariente de su padre, inmigrado de la península, hasta la sugerente y refinada descripción de Metcalf, que vincula prácticas de matrimonio y devoción intergeneracional de bienes con la instalación de los berederos varones en la frontera, hay acuerdo para insistir en dicha relación, basada generalmente en alguna forma de preferencia al yerno. Lo cual plantea no pocas contradicciones con la idea de familia como grupo corporativo. No cabe duda que los mecanismos que vinculan matrimonio y herencia con movilidad social y migración constituyen aspectos fundamentales de la dinámica de dichos fenómenos.¹² Pero en general se los ha presentado asociados a una visión en la cual la familia y el parentesco no aparecen como una cambiante configuración institucional de relaciones interdependientes, sino como una especie de organización de la que los individuos entran y salen. Para éstos, si bien sus trayectorias sociales eran, entre otras cosas, función de la forma de sus redes sociales en cada secuencia del recorrido, el matrimonio constituía tanto un punto de llegada como de partida.

Finalmente, la cuarta de las ideas vinculada al predominio de las grandes familias, el supuestamente frecuente ciclo de tres generaciones, ha concitado una extendida atención por parte de investigadores y desde una diversidad de enfoques. Ya se ha hecho referencia a las dificultades que dicha noción presenta en el contexto de América castellana o portuguesa. Es difícil explicar el éxito de esta idea entre los investigadores. Quizás se deba al uso ingenuo de fuentes como los testamentos, en las cuales genitores y descendientes aparecen como una unidad de referencia natural. Puede que solo sea la consecuencia del obstáculo que supone leer algunos libros y artículos de más. Como quiera que de ello fuere, en una combinación específica de ideas, Balmori, Voss y Wortman recurren al ciclo de tres generaciones para explicar la evolución de lo que denominan «red de familias notables». Esta última deriva del concepto de «racimos familiares», formulado por Oppenheimer y la primera de las citadas, quienes insisten en su pertinencia como unidad de análisis, en un artículo pleno de ricas intuiciones. Pero su posterior utilización se hace reificando el concepto de red. La 'red de familias notables' sería una conformación social específica a la segunda mitad del siglo XVIII, con «fundadores» —en general inmigrantes— y clara delimitación de las generaciones contadas a partir de estos. A cada una de ellas corresponderían pautas específicas de comportamiento, expresado en las estrategias matrimoniales, comportamiento empresario y relación con el poder político. No está claro por qué esos migrantes varones serían miembros de un segmento específico, que excluiría a sus suegros así como a otros notables de más antigua data. Más abajo volveré sobre la transformación en pautas matrimoniales específicas a una generación, lo que, desde la exogamia hasta el levirato, en realidad eran posibilidades alternativas y simultáneamente presentes, utilizadas según distintas circunstancias, entre las cuales el azar demográfico no era la menos importante.

¹² David Brading, *Miners and Merchants in Bourbon Mexico, 1763-1810*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971; idem, «Government and Elite in Bourbon Mexico», *Hispanic American Historical Review*, vol. 53, n°4; Susan Socolow, *The merchants of Buenos Aires. 1778-1810. Family and Commerce*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978; Alida C. Metcalf, *Family and Frontier in Colonial Brazil: Santana de Paraiba 1580-1822*, Berkeley & Los Angeles, University of California Press, 1992, pp. 95-117.

En fin, cuando se identifica a los grupos sociales con ocupaciones o categorías socio-profesionales, y se habla, por ejemplo, de la alianza entre hacendados y comerciantes, entonces estas cuatro nociones interconectadas no solo definen los elementos de un modelo de familia patriarcal. También se transforma a esas categorías en segmentos discretos. Se completa así una visión holista de los grupos sociales que, paradójicamente, torna opaca la comprensión de los propios mecanismos de construcción corporativa de la sociedad latinoamericana colonial.

En este debate, el análisis de redes sociales brinda muchos de los instrumentos para un enfoque que invierte esta perspectiva. La referencia a Elizabeth Bott no se debe sólo a que para los historiadores es fácil de leer, ni al papel central que desempeñó en una antropología social la cual, a pesar de su extrema brillantez, acabó algo olvidada entre matematización, por un lado, y giro lingüístico por el otro.¹³ Bott es particularmente pertinente en nuestra discusión. Antropóloga primero, psicoanalista después, realizó sus trabajos de campo en compañía de otros psicólogos sociales y médicos. Entre otras cosas, intentaba explicar tres fenómenos estrechamente vinculados a nuestra problemática: a) la distribución de papeles en el interior de una familia; b) la relación de sus miembros con las normas que una cultura produce; y c) la idea que los cónyuges se hacían de una «familia normal». Su manera de proceder es demasiado conocida como para detenernos demasiado en ella, pero a los efectos de la argumentación no se puede dejar de recordar alguno de sus aspectos. Bott organiza los resultados en el interior de un continuo, en cuyos extremos se encontraban las parejas que practicaban una mayor segregación de sus funciones (en relación a las tareas domésticas, educación de los niños y administración del dinero) y en el otro aquellas que más integraban dichos roles o en las que había mayor intercambio de funciones. Paralelamente se ocupa de las relaciones sociales externas a la familia, o más precisamente, de los vínculos que esas relaciones mantenían entre sí e independientemente de cada uno de los miembros de la pareja. Construye así otro continuo de redes más o menos interconectadas, que explica al anterior: redes densas (*close-knit*) estaban asociadas a familias con fuerte segregación de roles, e inversamente las redes sueltas (*loose-knit*) aparecían relacionadas a papeles conyugales altamente intercambiables o integrados.

O sea que la manera como los cónyuges elaboran el contenido normativo de un universo cultural era una función de la forma de las redes sociales, es decir de los vínculos que mantenían entre sí las personas relacionadas a una pareja e independientemente de ésta. Sin duda que México o Lima coloniales tienen poco que ver con el Londres de 1950, y menos aún esas familias ordinarias con los Pimentel o los Azcuénaga. Pero me he permitido recordar las secuencias del razonamiento de Bott para insistir en el valor heurístico de un modo de explicación, pertinente a nuestras cuestiones de América Latina colonial. La familia apa-

¹³ Elizabeth Bott, *Family and Social Networks: Roles, Norms and External Relations in Ordinary Urban Families*, 2ª ed., London, Tavistock, 1971; J. Boissevain, *Friends of Friends. Networks, manipulators and coalitions*, Bristol/Oxford, Basil Blackwell, 1974; Clyde Mitchell, (ed.), *Social Networks in Urban Situations*, Manchester University Press, 1969; Jeremy Boissevain y Clyde Mitchell (ed.) *Network Analysis. Studies in Human Interaction*, The Hague/Paris, Mouton, 1973; Anton Blok, «Coalitions in Sicilian peasant society», en Boissevain y Mitchell, cit., pp. 151-169; Van Velsen, H.U.E. Thoden, «Coalitions and networks analysis», en Boissevain y Mitchell, cit., pp. 219-249. Obviamente no es el caso discutir aquí la evolución de esta antropología. En cualquier caso sus relaciones con la matemática son más complejas que lo dicho; ver John A. Barnes, «Graph Theory and Social Networks: A Technical Comment on Connectedness and Connectivity», *Sociology*, n° 3, 1969, pp. 215-232.

rece en el centro de un tejido social, cuyas forma y propiedades constituyen una variable explicativa de la estructura de dicha familia. El paso siguiente lo constituye la clásica definición de una red como un específico conjunto de conexiones entre un definido grupo de personas, con el agregado de que las características de dichas conexiones permiten interpretar el comportamiento de las personas concernidas.

Más inopinado es encontrarse con Hayek en esta discusión. Sin embargo sus elegantemente conservadoras reflexiones sobre los componentes cognitivos del comportamiento también constituyen importantes herramientas heurísticas para abordar las relaciones entre significado, cultura y acción. Es discutiendo sobre cómo emerge una forma de derecho que Hayek formula su conocida sentencia, que las instituciones son el resultado de la acción humana, pero no de los propósitos humanos. Desde Mandeville a Menger, la idea está bastante difundida y comentada. Con otros matices, también ha formado parte del pensamiento socialista y todos nos hemos encontrado con la afirmación de que los hombres hacen la historia sin saberlo.¹⁴ Traducido a nuestros problemas, esto significa afirmar que cualquiera sea el modo como un lenguaje cultural organiza los posibles de la realidad y selecciona objetivos pertinentes, esto no permite explicar las formas de las interacciones ni la configuración institucional que emerge de estas.

Una de las consecuencias de la reunión de ambos conjuntos de ideas, es que invierte el modo de reconstruir la estratificación social y las prácticas de los grupos que la integran. Dentro de un enfoque que podemos llamar estructuralista, se procura explicar las conductas de la gente en términos de su posición en el interior de un sistema social cuyos componentes —familias, comerciantes, hacendados, comunidades...— están definidos de antemano, sin demasiadas preocupaciones sobre la pertinencia de la definición, pues claro, nadie confunde un funcionario con un comerciante y una familia con un artesano. Se trata entonces de definir los comportamientos en términos de adecuación o desviación de las normas que articulan y definen los grupos constituyentes de dicho sistema social. Puede que hoy haya menos historiadores de la sociedad colonial que suscriban a esta formulación esquemática, pero son numerosos los que encuentran en la frecuencia estadística la expresión de las normas que definen los grupos cuya «muestra» se está analizando, en obvia circularidad tautológica.

En cambio, la combinación conceptual presentada en los párrafos precedentes lleva a considerar acciones y conductas en términos de las posiciones relativas de los actores en el interior de un tejido de vínculos reales, con sus respectivos recursos más o menos movilizables y pertinentes a las cambiantes relaciones de negociación, cooperación y conflicto que entablan. Así vistas, las prácticas —tanto las más frecuentes como las excepcionales— se tornan interpretables dentro de las conexiones específicas que constituyen las posiciones relativas de los actores y sus recursos. Esto nos invita a tomar en cuenta las relaciones entre personas

¹⁴ Fredrik Hayek, «Rules, Perception and Intelligibility» y «The result of human action but not of Human Design», *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, Chicago, The Chicago University Press, 1967; *idem.*, *Law, Legislation & Liberty*, vol. 1, Rules & Order, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1973; Albert Hirschman, *The Rhetoric of Reaction. Perversity, Futility, Jeopardy*, Harvard University Press, 1991; Mancur Olson, *The Logic of Collective Action (Public Goods and The Theory of Groups)*, Harvard University Press, 1966; Raymond Boudon, *Effets pervers et ordre social*, París, PUF, 1977; Karl Marx, *El 18 Brumario de Louis Bonaparte*, Buenos Aires, El Yunque, 1973; León Trotzky, 1905. *Resultados y perspectivas*, Barcelona, Ruedo Ibérico, 1971.

definidas para reconstruir la lógica de las configuraciones sociales que emergen de sus interacciones, así como de las formas de temporalidad que las generan.

II.

¿Cómo acceder entonces a tejidos sociales más amplios que la familia y el parentesco, así como a las relaciones entre grupos más allá de los vínculos clientelares? Los ejemplos que siguen sólo son maneras de ilustrar las posibilidades de un punto de vista. La idea de reconstruir las configuraciones sociales observando relaciones entre personas concretas, cualquiera sea la opinión que el enfoque merezca, plantea obvios problemas de fuentes. Como sabemos, las más generalmente utilizadas han sido las partidas de estado civil, las escrituras notariales y las actuaciones judiciales. Sin embargo, por definición, dicho material registra o sorprende una relación cuando esta ya es resultado de una larga cadena de interacciones entre los individuos concernidos. El ejemplo típico son las personas presentes en los testamentos, cuya mención es el obvio efecto de un ciclo de vida. Lo cual lleva a que se tienda a sobrestimar los lazos más formales, como el parentesco, y a que se preste casi exclusiva atención a los aspectos más ritualizados o estereotipados de cualquier relación. Así se pierde el hilo de la construcción de un vínculo, y la multiplicidad de significados que éste ha ido adquiriendo en diferentes contextos o para distintas personas. Por lo mismo se tornan opacos o confusos los mecanismos por los cuales los afectos, la solidaridad o la cooperación y la competencia o el conflicto —o sea el comportamiento individual y la acción colectiva— delimitan formas y espacios sociales. Para abordar algunos de estos problemas he recurrido a los resultados que puede ofrecer el análisis de una correspondencia, tanto en trabajos anteriores como en la discusión en este mismo texto.¹⁵ Pero esta fuente también tiene sus límites y, en realidad no existen soluciones documentales o metodológicas unívocas. Solo podemos navegar entre las lagunas documentales y las intuiciones propias a un enfoque como el de las redes sociales.

La explotación de correspondencias permite, claro, la reconstrucción de una red egocentrada, como por ejemplo una red de agentes. Es el caso de la red de corresponsales del comerciante Domingo Belgrano Peri.¹⁶ Se puede dar un paso más haciendo una utilización realmente intensiva del material, si consideramos a quienes remitían cartas como el vértice de otras tantas redes egocentradas. Así trabajada, la correspondencia constituye una huella fragmentaria del recíproco entrecruzamiento de redes egocentradas, la del destinatario y las de sus remitentes. Esta visión conduce a registrar a todas las personas mencionadas en cada carta. Muchas de ellas son también remitentes, algunos de los cuales se aluden recíprocamente. En este caso, para una parte de los mencionados de quienes no se ha encontrado correspondencia, resulta evidente que el destinatario de las cartas los conocía

¹⁵ «Negocios y redes sociales: modelo interpretativo a partir de un caso rioplatense (siglo XVIII)», *Caravelle* n° 67, Toulouse, 1997; «Lazos fuertes/lazos débiles en la articulación espacial de los negocios (Buenos Aires, segunda mitad del siglo XVIII)», ponencia presentada al II° Congreso Europeo de Latinoamericanistas, Foro K 4, Halle, setiembre de 1998; «Affaires et médiations: des réseaux egocentrés au groupes sociaux dans le Rio de la Plata du XVIIIe siècle», mss., Paris, 1999.

¹⁶ Estudiada por Jorge Gelman, pero con otra perspectiva: *De mercachifle a gran comerciante. Los caminos del ascenso en el Río de la Plata colonial*, La Rábida, Universidad Internacional de Andalucía, 1996.

tanto o más que el remitente que los cita. En cambio para otros mencionados no caben dudas que, aun si los conoce, el destinatario solo accedía a ellos a través del remitente. De este modo, el conjunto formado por ego (el destinatario) y los remitentes aparece como un tejido de interacciones, donde la forma que iban adquiriendo cada una de las relaciones entabladas dependía tanto de los vínculos que los otros mantenían entre sí, como de la recíproca capacidad de negociación. Y esta última, a su vez, era una cambiante función de los diferentes recursos, es decir acceso a personas, que se podían movilizar en las distintas situaciones, lo cual se expresa por la manera como se las cita. Por lo tanto, cualquiera sea la calidad y el estado de conservación de una serie de cartas, la totalidad de personas mencionadas, sumadas al conjunto formado por ego y sus remitentes, constituyen al menos una parte del segmento común de las redes egocentradas de estos y de aquel. O dicho de otra manera, esa totalidad constituye una parte de las intersecciones de las redes egocentradas del destinatario y sus remitentes, operadas a lo largo de un lapso de tiempo. Así, los vínculos sociales, incluidos los familiares, se integran en una secuencia temporal de cambiantes significados. Pero, sobre todo, esta explotación intensiva del material pone a nuestra disposición una herramienta, la cual, empleada con prudencia, nos permite seguir la dinámica construcción por parte de los actores tanto de sus vínculos como de las configuraciones sociales que organizaban la acción de los mismos actores.

La siguiente descripción de un caso singular muestra la compleja variedad de las relaciones que delimitan el universo de acción de un gran comerciante en el Río de la Plata durante la segunda mitad del siglo XVIII. Domingo Belgrano Peri ha recibido no menos de 390 cartas (seguramente muchas más) escritas por 134 remitentes y enviadas entre 1764 y 1794, desde 38 lugares o ciudades diferentes de Europa y América. Los 134 remitentes se refieren a otras 473 personas, o sea un total de 610 individuos relacionados con Belgrano de manera más o menos intensa. Es evidente que no todos estaban presentes en el mismo momento; no obstante constituyeron un conjunto sorprendentemente amplio de personas que mantuvieron algún tipo de relación con el destinatario. De los mencionados 134 remitentes, 39 enviaron más de tres cartas, entre ellos dos de sus hijos, un primo de su esposa, así como compadres, amigos, clientes y protegidos. En suma un universo de lazos fuertes y múltiples, de gente que suele conocerse entre sí, donde los vínculos primarios solían combinarse con la práctica del comercio. Pero en realidad la mitad de esos 39 que escribieron más de tres veces estaba compuesto de relaciones más distendidas, donde dominaban los negocios aunque no estaban ausentes diversas formas de intercambio de favores y protección. Los 95 que solamente escribieron una o dos veces presentan una combinación similar de una parte más interconectada y de otra que lo está menos. Entre los primeros se encontraban otros dos de sus hijos, otros amigos, amigos de uno de sus yernos, etc.; entre los segundos una treintena de personas de las cuales sólo tenemos el rastro de la única carta.

Respecto de los 473 individuos mencionados en la correspondencia pero de los que no se cuenta con ninguna carta, una vez más hay un grupo fuertemente interconectado de 13 personas citadas más de ocho veces. Lo componen parientes —la esposa de Don Domingo Belgrano, un sobrino y sus dos yernos de los cuales uno fallecido— así como más compadres, dos amigos íntimos con los cuales mantenía relaciones de negocios y miembros de familias notables con quienes Belgrano había entablado vínculos de afecto, fidelidad, confianza e intercambio de favores. Los expedidores mencionaron entre tres y seis veces a otras 60 personas, que incluyen una de sus hijas, dos ahijados o protegidos y un sacerdote amigo.

A los demás los unían con Belgrano las relaciones de negocios, aunque esto comprendía situaciones muy diferentes. El universo social de estas personas estaba igualmente diversificado, vendiendo del capataz al gran comerciante, pasando por militares o religiosos. Incluso el calificativo de comerciante atribuido a la mayoría de esos 60 individuos corresponde a situaciones sumamente heterogéneas. Finalmente está la masa de 400 personas solamente mencionadas una o dos veces. Donde nuevamente aparecen 14 casos cuyos lazos con ego pueden definirse como fuertes: aún otro hijo, un cuñado, dos compadres, parientes, amigos, etcétera. Y luego sigue el resto, es decir algunos dependientes y la difusa nube de «comerciantes».

En cualquier caso, aun cuando las descripciones de arriba parten de puntos distintos, combinan los mismos dos elementos en distinto grado: a) unas partes de la red que están más fuertemente interconectadas o más densamente conectadas y otras que lo están menos; o sea, unos segmentos compuestos por gente que se conoce entre sí independientemente de ego, y otros integrados por quienes se conocen menos o no se conocen entre sí; b) cierta proporción de lazos débiles y lazos fuertes, o mejor dicho cierta distribución dentro del continuo delimitado por ambos extremos. Como se sabe, ambos elementos son conceptualmente bien diferentes. Por ejemplo, aquellas partes de una red egocentrada formada por quienes comparten con ego el mismo medio profesional, suelen estar fuertemente interconectadas sin que esto presuponga nada respecto de los vínculos entre estos y aquel. Sin embargo, para la sociedad a la que nos estamos refiriendo, no se puede dejar de pensar en aquel otro segmento de una red egocentrada formada alrededor del grupo doméstico: la familia nuclear, consanguíneos y aliados a los que realmente se frecuenta, amigos, compadres, amigos de hijos o parientes, protegidos, criados, los 'friends of friends' de la literatura antropológica, etcétera. Es en relación a esta nebulosa de vínculos primarios que ha parecido necesaria la tediosa descripción de arriba para anticipar las críticas a la obvia distorsión que produce la fuente. En efecto, este grupo está sub-representado en la medida en que los más próximos suelen ser quienes menos escriben y no necesariamente aquellos a quienes los demás más mencionan.

No obstante, el material permite inferir la importancia del sesgo que introduce la imagen de la familia patriarcal como unidad discreta. El juego de remitentes y mencionados muestra que los lazos de consanguinidad, alianza, amistad o aquellos nacidos de un mismo origen comunitario, que constituyen el objeto preferido de los historiadores, forma parte de un conjunto más amplio. Y, sobre todo, que es necesario reconstruir la dinámica del conjunto para comprender el papel de esos vínculos primarios, entre otras cosas, porque adquieren significaciones cambiantes según el juego de posiciones relativas que organizan la acción, como nos los enseña el estudio de Bott. Son estas afirmaciones de estricto sentido común. Si se ha creído necesario efectuar un rodeo tan largo para formularlas es debido a que el modelo de la familia patriarcal, arriba presentado, supone ciclos de movilidad geográfica y social realizadas sólo gracias a parientes, aliados y paisanos. Mientras que la descripción precedente conduce a considerar el papel que simultáneamente desempeñan vínculos repetidos y múltiples —lazos fuertes— y otros esporádicos y específicos —lazos tenues o débiles—. Y, fuera del ejemplo, se trata de buscar cuál es la combinación de relaciones horizontales y verticales que, dentro de una nube de vínculos primarios, define el espacio pertinente dentro del cual la acción de los individuos construye el grupo, en lugar de definir *a priori* un grupo de lazos exteriores a los individuos y cuyas normas, para colmo, expresarían las pautas de comportamiento del grupo o "su" cultura.

Esa parte de una red egocentrada compuesta de vínculos primarios y fuertemente interconectados, al mismo tiempo se superpone y se distingue de la familia patriarcal. Sus características principales son que todo el mundo conoce a todo el mundo y, que, por lo mismo, la mayor parte accede a los mismos recursos. A diferencia de la "familia patriarcal", en esta idea el acento no está puesto en una definición sustancialista de los vínculos familiares y de parentesco, sino en esta frecuentación, en una intensidad efectiva de intercambios más que en el rótulo que se le asigne a los nexos. Es el ámbito de la redundancia social. En ese sentido la noción está más próxima del concepto de frentes de parentesco expuesto por Levi. Podríamos referirnos a ellos como el frente de lazos primarios fuertemente interconectados en el interior de una red egocentrada. Este es también el ámbito de las relaciones entre unidades domésticas, las cuales no constituyen segmentos claramente separados entre sí, sino formas de un tejido continuo.

Una literatura antropológica de principios de los años '60 discutió sobre la estructura de una red egocentrada, o sea sus segmentos de diferente densidad y sus papeles respectivos, en ciudades africanas con fuerte y reciente migración. Es a partir de esos trabajos que Granovetter formula su modelo sobre «la fuerza de los lazos débiles», cuyo contra intuitivo razonamiento es particularmente importante en nuestra discusión. El modelo de la familia patriarcal contiene una imagen de la estratificación y movilidad sociales según la cual, en el mundo colonial, el éxito económico y social estaban vinculados a la posibilidad de heredar o la capacidad de establecer lazos fuertes. Lo cual a su vez determinaba toda una serie de mecanismos de movilidad ascendente. Bajo una forma diferente, el «notable family network» de Balmori, Voss, y Wortmann reposa sobre nociones semejantes. Al contrario, tanto Granovetter como los estudios anteriores vienen a decirnos lo contrario: puesto que los vínculos fuertes conducen al mismo tipo de recursos que cada actor controla en un momento dado, el éxito, incluida la capacidad de movilización política, es una función de la diversidad de lazos débiles presentes en un segmento cualquiera de la sociedad y de la habilidad para servirse de ellos a fin de acceder a recursos diferentes a los del propio medio. El contrapunto entre lazos débiles y fuertes es en realidad bastante más complejo y el razonamiento de Granovetter contiene algunas debilidades algo obvias, cuya consideración supera los límites que me he impuesto en el presente texto. Sin embargo, nos muestra una dirección de debate sobre los importantes aspectos de la historia social que han quedado fuera en la historiografía sobre la que aquí estamos tratando de debatir.

Una mirada más próxima puede mostrarnos algo de lo que contiene la precedente descripción global y presentarnos fragmentos de la visión egocentrada de los espacios sociales. No se trata evidentemente de reconstruir cómo percibía o cómo conceptualizaba la sociedad a un individuo concreto, en este caso Domingo Belgrano, sino de intentar mostrar cómo usaba una parte del universo social circunscrito por su actividad, según lo expresaba un producto de dicha actividad como eran las cartas que recibía, en este caso desde Santa Fe y Rosario. Escritas por seis personas, la correspondencia conservada con aquella ciudad y este paraje se extendió de 1765 a 1787. Tres de ellos eran comerciantes y probablemente terratenientes, dos eran Oficiales de las Cajas Reales de Santa Fe y uno Receptor de Real Hacienda y Administrador particular de la Renta de Tabaco en la región de Rosario. Los seis mencionaron a otras 35 personas de distintas ciudades, incluidos otros cuatro remitentes.

Dos de los comerciantes trataban exclusivamente de la expedición de yerba o del estado de las cuentas comunes y se refieren a otros colegas en Buenos Aires o en Asunción,

sea sobre los mismos asuntos, sea para pedir se compensase alguna deuda con un tercero. En suma, negocios ordinarios, que incluían algún reclamo sobre errores en las cuentas. Se abordaba unos y otros con el tono de impersonal cordialidad, común a la mayoría de las 95 personas que escribieron una o dos veces, arriba mencionadas. El tercer comerciante escribió respondiendo a los reclamos que los albaceas de Julián Gregorio de Espinosa —el propio Belgrano y Bernardo Gregorio de las Heras— venían haciendo desde 1775. Era el segundo de los dos un importante personaje de la ciudad de Buenos Aires, con quien aquel mantuvo intensas relaciones de amistad y negocios durante más de veinte años y que estaba emparentado con Julián. Este había sido yerno de Belgrano y, a pesar de su temprano fallecimiento, había conseguido montar una considerable red de negocios que ambos debieron liquidar actuando en común. Por su parte, el oficial de las Cajas locales Medina, le escribió a lo largo de todo el año 1769 refiriéndose igualmente a operaciones vinculadas al comercio de la yerba. En relación al cual, por orden y recomendación de su antecesor Aldao, había pagado con fondos de la Real Hacienda todo lo relativo a la recogida y transporte de mercancías a nombre de Belgrano, desde el Paraguay hasta Buenos Aires. Por ello enviaba una libranza a su cargo y en beneficio de los Oficiales de Buenos Aires, por cuya ausencia de pago le reclamaría reprochándole la delicada situación legal en que lo colocaba el descubierto.¹⁷ Se podrían llenar páginas con episodios banales como estos y sólo variarían unos pocos detalles. Remiten a un mundo fragmentado pero fundamental en la vida cotidiana de los negocios. Estaba poblado de medianos comerciantes, oscuros funcionarios de influencia estrictamente local e incluía personajes como el carretero Labayén, conductor de partidas de yerba. Las relaciones están sobre todo marcadas por la reiteración de contratos relativamente circunscritos, aunque los elementos personales están bien presentes, expresados sobre todo en ciertas formas de deferencia y en discretas expresiones de fidelidad. Sin embargo, en momentos críticos, las transacciones se apoyan en otras relaciones de intensa intimidad personal como la de Belgrano con Gregorio de las Heras.

A círculos diferentes pero conectados a los anteriores aludía el oficial de las cajas de Santa Fe Rafael Guerrero en sus cartas, cuyo lote principal estaba fechado entre 1786 y 1787. Estas expresaban unas relaciones entre aquel y Belgrano bastante más intrincadas e indefinidamente abigarradas y elocuentes sobre el cruce de espacios sociales dentro del cual se tornaban comprensibles las actividades de dicho Belgrano. El común negocio de la yerba estaba naturalmente presente. Más precisamente se referían a los fondos utilizados para financiar esos negocios, provenientes de las Cajas Reales, y cuya utilización ponía en marcha mecanismos de compensación complejos por el cruce de transacciones, aun si primitivos por los instrumentos en los cuales reposaban. Esas transacciones implicaron al menos cuatro personas: dos comerciantes de menor importancia de Santa Fe, con los cuales Belgrano mantenía relaciones más o menos lejanas, Diego Rico y Joseph Besares; un destacado comerciante de Buenos Aires, Francisco Castañón; y Joseph Urejola, un primo de la esposa de Belgrano residente en Santiago del Estero, cuyas actividades se repartían entre el comercio y su cargo de teniente de Real Hacienda. Para mencionar solo un par de ejemplos: en Santiago del Estero un situadista, Mendizábal, había adelantado fondos a Urejola, quien enviaba un documento por el cual se anulaba una deuda de las cajas de Santa Fe a favor de las de

¹⁷ AGN, Sala VII, Colección Casavalle, legs. 16 y 17, cartas de Estechea, Goitia, Larrechea y Medina, 1765, 1769, 1770 y 1778.

Santiago del Estero. A su vez, dicho documento debía remitirse a Castañon para que lo entregara al situadista Mendizábal en Buenos Aires. Entre las deudas en Santa Fe estaba la de la sisa pendiente de pago por el comerciante local Rico, resultado de sus transacciones con Belgrano. De un modo general, los descubiertos en Santa Fe se cubrían con libranzas a favor de comerciantes o de las mismas Cajas de Buenos Aires, gracias a fondos reunidos por Belgrano y Castañon. Poco importa aquí retener los detalles de esas compensaciones. Cuenta el mapa social dibujado por las líneas que unían a esos agentes.

Esas líneas se inscriben a su vez en un conjunto más amplio de interacciones. En realidad la más antigua de las cartas era la respuesta de Guerrero a un pedido de Belgrano para que se ocupara de la defensa de Pedro Xil, tambor del regimiento de Blandengues de Santa Fe, acusado del asesinato de un pulpero llamado Juan Portillo. Ignoro las razones de semejante gesto de protección, a no ser una ambigua referencia a Xil como nuestro ahijado. Aunque con reticencias, Guerrero acabó aceptando la comisión, actuando en nombre del defensor general de pobres y «no dude que [cualquier Juez] hará lo que yo le pida arreglado y debidamente graciable». Lo que resume crudamente la dinámica social de la mediación. Así, con toda naturalidad, más tarde Guerrero se dirige a Belgrano para que lo ayude con su subordinado y protegido, el receptor de Hacienda y Administrador de la Renta de Tabaco de Rosario Pedro Tuella. Estaba éste enfrentado con Simona Correa y su esposo, pequeños estancieros de la región, en una causa por insultos y falta de pago a la Real Hacienda de la cual Belgrano efectivamente se ocuparía. Pero Pedro Tuella no sólo era el protegido de su superior en Santa Fe. También era un pequeño comerciante a quien Belgrano le adelantaba mercancías, que alimentaban un tráfico menudo de cueros y algo de plata (seguramente parte de la que recaudaba) a cambio de efectos de Castilla y algún esclavo, como lo muestran las cuatro cartas que le escribió en 1784. Aparece en ellas un mundo social situado entre la campaña y dicho comercio, poblado de carreteros, estancieros medios o pequeños, esclavos que eran criados o capataces, curas párrocos, además de los mercaderes mismos. A veces actuaba asociado a un estanciero que acopiaba cueros llamado Ocampo, cuyas cuentas comunes remitía regularmente a Belgrano. Luego, a una oferta de este, Tuella respondió que «el esclavo que vm me propone de edad de 12 no me conviene por que considero que cuando éste criado me pueda servir, ya yo me habré muerto y no tengo hijos que me hereden». Era el párroco de la región el conductor de dos de las cartas. Las otras las llevó un mercader a quien Tuella recomendaba para que Belgrano le adelantara mercancías, pues Tuella también tenía sus protegidos.

Sin duda el universo así descrito contiene los límites propios a la visión egocentrada de la fuente. No obstante, las relaciones presentadas muestran nexos entre grupos y proximidades que incitan a buscar en la reconstrucción de lazos un terreno de discusión sobre las imágenes de la estratificación basadas en macro categorías socio-profesionales, pues las maneras como un individuo utiliza espacios sociales expresa la estructura de los mismos. Con su habitual prolijidad, Moreno ha elaborado un cuadro comparativo de los estratos ocupacionales de la campaña de Buenos Aires entre 1744 y 1815. En la primera de las fechas, los comerciantes y artesanos y funcionarios administrativos y judiciales representan el 2,5% (30 individuos sobre 1.120) y en la segunda alcanzan el 11% (256 individuos sobre 8.032). El resto del cuadro está compuesto por los datos referentes a propietarios -grandes, medianos y pequeños-, trabajadores y jornaleros. Como de costumbre, Moreno pone mucho cuidado en la definición de sus categorías y, lo más importante, no las transforma en

grupos "reales". Sin embargo, el procedimiento no deja de separar a nuestro Tuella del cura, de los pequeños estancieros y pulperos (quizás ellos mismos también productores rurales) para colocarlo en la clase de los funcionarios junto a su superior de Santa Fe. A su vez, las relaciones entre este y aquel también se verifican y carecería igualmente de sentido disimularla. Insisto en que la reconstrucción de los espacios sociales pertinentes exige en cada circunstancia tener en cuenta la combinación de lazos sociales que les otorgan coherencia y una multiplicidad de facetas. Y creo que aquí se encuentra toda la dificultad de los enfoques macrosociales. La validez de una fuente como la aquí presentada —o cualquiera que permita reconstruir lazos entre personas— para una operación de estas características proviene del hecho que el modo como la actividad de Belgrano atravesaba distintos segmentos, definiendo su propia visión egocentrada de los mismos, recoge algunas de las propiedades que estructuraban dichos espacios sociales. Un aspecto de lo dicho es que los vínculos sociales no constituyen unidades discretas sino relaciones continuas, superpuestas y contradictorias, como lo muestra Tuella, al mismo tiempo dependiente de Guerrero y Belgrano y parte de las negociaciones que construyen los lazos entre estos últimos.

Pero volvamos al centro del argumento que es la utilización de los espacios sociales. Al respecto, conviene detenernos sobre otros aspectos de los comunes comercios entre el oficial Guerrero y Belgrano. Paralelamente a aquel intercambio de favores, aquel le pidió a este una intervención ante el superintendente Francisco de Paula Sanz para que no se confirmase la elección como Alcalde de un tal Arriola. Aparentemente el interesado tampoco lo deseaba y realizó gestiones en ese sentido. Pero lo cierto era que si no se lo confirmaba, el cargo pasaba a Larramendi, un amigo de Guerrero. Este asimismo afirmaba que de asumir dicho Larramendi, el procurador sería un tal Luis Correa, quien lo ayudaría en la causa criminal de Xil, como ya lo estaba haciendo su padre Ambrosio. En el otro extremo, la mención del superintendente Sanz nos introduce en el círculo de los contactos más importantes de Belgrano, la facción constituida alrededor de la figura de aquél, como se sabe segundo en la jerarquía administrativa del virreinato. La integraban, en mayor o menor grado, una difusa nebulosa de personajes. Algunos de ellos próximos de Belgrano como la familia Altolaquirre, el administrador de la Aduana Ximenez de Mesa, en Buenos Aires; mientras en Montevideo se encontraban sus protegidos, el comandante del Resguardo Ortega y su segundo Cipriano de Melo, un notorio contrabandista. Como siempre con estas configuraciones, la facción no constituía una hueste bien delimitada sino una cambiante matriz de fidelidades y dependencias personales que no excluían el conflicto.

Los intercambios entre Guerrero y Belgrano nos permiten entrever algo de los mecanismos que construían la trama de relaciones sobre las cuales se articulaban dichas camarillas y facciones. Guerrero se encontraba en una posición relativamente subordinada respecto de su corresponsal en Buenos Aires, pero esto suponía un margen importante de acción. En realidad la posición de uno respecto del otro resultaba de las respectivas capacidades para acceder a otras personas, fuentes de recursos y favores, como se manifestó tanto en los procesos de sus protegidos como en el pedido de intervención política por parte de Belgrano. Banal lógica del clientelismo y la mediación.¹⁸ Aunque en la historiografía latinoamericanista la mayoría de las veces se han usado los términos «cliente» y «clientela» para designar un sistema de normas que fija las expectativas recíprocas de un vínculo de protección y fide-

¹⁸ Jeremy Boissevain, *Friends of Friends...*, *op. cit.*

dad. Mientras que los ejemplos de arriba muestran algo de la dinámica de los lazos entre dos individuos, que adquieren distintos significados en función de sus posiciones relativas en el interior de una trama más amplia. Paralelamente, el conflicto, la competencia o la cooperación pueden reconfigurar distintas nubes de relaciones, cristalizando algunos segmentos o diluyendo las fronteras de otros. Por otra parte, las descripciones de arriba nos recuerdan lo dicho sobre Mosca en relación a las formas sociales que aseguraban la articulación de los ámbitos políticos y económicos, generando modos de estratificación social. Para cuyo tratamiento el modelo de la familia patriarcal carece de instrumentos adecuados.

En realidad, la correspondencia con todas las ciudades del interior está fundamentalmente poblada de combinaciones entre negocios, mediaciones políticas y protecciones parecidas a las de Santa Fe y Corrientes. Quizás fuesen necesarias para mantener una verdadera red espacial de negocios. Puede que en el contexto institucional de las posesiones castellanas en América, esta combinación asegurase el cumplimiento de los contratos en transacciones a gran distancia y permitiese aprovechar las características de las estructuras estatales y de los circuitos comerciales. Pero si nos mantenemos en una lectura radical de las afirmaciones de Hayek, el hecho que un dispositivo institucional desempeñe cierto papel no explica su emergencia. En parte debido a la racionalidad limitada de los agentes. Pero aquí entraríamos en otro terreno que está fuera de nuestros propósitos. Tampoco se encuentra entre ellos el discutir los mecanismos de la mediación. Cuenta sin embargo recordar que estos suponen una trama de deudas y créditos incommensurables. Se pueden hacer favores porque otros nos los deben... Y esta trama, una vez más, se superpone pero se distingue del ámbito delimitado en la noción de familia patriarcal.

Unos 34 correspondientes de Belgrano residían en Buenos Aires y mantuvieron con él algún tipo de intercambio de cartas desde la ciudad misma. Si bien no es muy importante, la distinción cuenta en la medida en que dicha correspondencia presenta algunas particularidades, por la propia proximidad de los remitentes. De estos, 26 eran comerciantes (o aparecían como tales en relación con Belgrano). Aunque, una vez más, dicha designación agrupa situaciones bastante diferentes. Figuran entre ellos algunos de los principales comerciantes de la ciudad, como el mencionado Aguirre y otros como Azcuénaga, Basabilvaso, Lezica, Tellechea y otros, entre los cuales hay futuros miembros del consulado. En el otro extremo estaban los mercaderes menores como Fretes, quien vendía en la ciudad yerba perteneciente a Belgrano, o los hermanos Peña, que de dependientes suyos fueron ascendiendo a una posición de independencia. Vinculados a la actividad mercantil se encontraban también los estancieros y, obviamente, los patrones de lancha que mantuvieron correspondencia con Belgrano. En su mayoría, sus cartas contenían o eran cuentas de toda clase, libranzas, reconocimientos o cancelación de deudas, etc. No es de extrañar, entonces, que en este universo predominantemente profesional la amistad o el parentesco ritual estuviesen poco presentes.

Aun así, y manteniéndonos en el plano más estrictamente profesional, no es un universo articulado únicamente por la lógica de los contratos. Estos se combinaban con las habituales relaciones de confianza, obsequio y socorro, y honor y fidelidad, así como de las más íntimas formas de la rivalidad. En su estudio sobre Jaime Alsina, Dalla Corte ha mostrado brillantemente el papel importante de las recomendaciones en las relaciones comerciales tanto locales como a gran distancia.¹⁹ Estas no sólo significaban relaciones de confianza

¹⁹ Gabriela Dalla Corte, *Vida y muerte de una aventura en el Río de la Plata. Jaime Alsina i Verjés*,

entre recomendado y recomendador, sino una verdadera garantía con valor jurídico por parte de este sobre la conducta de aquel. Entre las no muy amables cartas que Juan Lezica escribió en 1792, tres estaban dedicadas a la testamentaria de su cuñado Manuel Zapiola, de quien aquel era albacea. Este era el padre de Domingo Zapiola, un compañero de estudios del hijo de Belgrano en Córdoba. En virtud de esas relaciones, años atrás, Manuel Zapiola había recomendado a un tal Nicolás Olidén, quien realizó algunas operaciones en Potosí con otro hijo de Belgrano, dejando algunas deudas pendientes. Las cuales, a pesar de sus protestas, Juan Lezica debió finalmente reconocer como de la testamentaria. Así, en este juego de lazos múltiples, aparecen también diferentes tipos de favores. Los más antiguos papeles firmados por Manuel Basabilvaso, administrador de correos y comerciante, datan de 1766. En su mayoría eran recíprocos reconocimientos de deudas, incluida una transferencia hecha a favor del hijo de Belgrano en Córdoba. En 1793, Basabilvaso reclamaría, en tono muy amistoso, una deuda por un préstamo hecho a pedido de la esposa de Belgrano mientras éste se encontraba en la cárcel y otra para cubrir los gastos de graduación de su hijo. Este tipo de favores era obviamente mucho más frecuente entre las cartas de los diez remitentes no comerciantes. Había entre ellos tres religiosos, un alto funcionario, abogados, militares y sirvientes. Por ejemplo, el contador Mayor del Tribunal de Cuentas Francisco Cabrera, suegro de Martín Altolaguirre, un amigo de la familia, le pide dinero prestado pues «me cuesta menos violencia dar la cara con un amigo que con un jefe».

Una parte de esas relaciones le permitían a Belgrano «hacer favores». Intuimos así la dinámica entre los distintos segmentos de su red egocentrada, los mecanismos por los cuales la acción de este comerciante no sólo atravesaba espacios sociales, sino que simultáneamente los construía. En el centro de este tejido se encontraba la familia, los compadres, etc. Uno de sus hijos era socio en negocios en Potosí, otro alimentaba una importante red de contactos mientras estudiaba en Córdoba; uno de sus yernos se relacionaba con sus correspondientes en La Coruña. Negar la importancia de la familia y el parentesco carece de sentido. Insisto en que se trata de ver los mecanismos que articulaban vínculos y acción. Y estos vínculos no tienen propiedades sustanciales, sino significados cambiantes y dinámicos. Diego de Agüero era “compadre” de Belgrano —este fue testigo de casamiento de aquel— pero mantuvieron relaciones más bien tibias. En cambio Juan Molina, testigo de casamiento de Belgrano y coronel de guarnición en la Banda Oriental, se convirtió en una de las bisagras de las operaciones de aquel en la región. No parece necesario insistir en que las formas que las relaciones entre ambos fueron cristalizando eran función de sus recíprocas influencias personales, expresadas en sus respectivos accesos a terceras personas y los lazos entre estas. En cualquier caso, materiales como el que se ha analizado permiten bosquejar una imagen de los grupos dominantes en Buenos Aires de finales del siglo XVIII como un conglomerado de camarillas. Articuladas por el cruce de redes egocentradas comparables a la de Belgrano, esta infinita intersección de lazos sociales organizaban las relaciones entre distintos segmentos y definía particulares discontinuidades sociales. Pero sobre todo generaba una peculiar articulación entre lo político y lo económico, cuya dinámica afectaba a la estratificación en su conjunto. Lo cual nos devuelve, una vez más, a la referencia a Mosca.

III.

¿Hasta donde es posible generalizar con vistas a una discusión, a partir de material de esta naturaleza? Como sabemos, toda generalización supone operaciones de juicio y clasificación, más o menos justificables en el contexto de una argumentación. No creo necesario detenerme sobre si es o no importante explicitar esas operaciones. Seguramente tampoco aquí haya respuestas formalizables para conjuntos definidos de situaciones. Pero no se puede dejar de señalar que algunas construcciones globales reposan sobre operaciones lógicas que carecen por completo de criterios distinguibles de pertinencia. El modelo de la "red de familias notables" y sus "pautas generacionales" constituyen uno de los ejemplos más flagrantes. Las generalizaciones de Balmori combinan dos supuestos. El primero, considerar que cuando puede identificar antepasados de un grupo de familias encumbradas a finales del siglo XIX, dichos antepasados constituían un grupo social distinguible en la segunda mitad del siglo XVIII. El segundo, como vimos, considerar a las familias como unidades discretas y no como relaciones y, por lo tanto, presentar a las alianzas como análogas a relaciones entre segmentos políticos distinguibles. En otra ocasión tuve oportunidad de explayarme sobre cómo la reconstrucción de vínculos entre personas mostraba que un mismo matrimonio podía considerarse de primera, segunda o N generación, lo cual modifica completamente la visión de las diversas estrategias de alianza y de la movilidad intergeneracional.²⁰

Los detalles extraídos de la correspondencia de Belgrano, si bien están obviamente lejos de constituir una base suficiente para generalizaciones más amplias, nos muestran el tipo de mecanismos que podemos aprehender inspirándonos en perspectivas como la de Bott. Al considerar la familia en su doble aspecto de un sistema de relaciones interdependientes y como el resultado de una trama de lazos exteriores a la familia, el estudio de estos nos abre a la observación de las relaciones entre grupos y segmentos. Lo cual no sólo cambia, como vimos, nuestra imagen de la estratificación social. Es dentro de este tejido de relaciones sociales, que incluye y construye la familia, donde se organiza la acción política y la actividad económica, y no en los límites de un segmento discreto como la familia patriarcal, que aparece como un artefacto del ángulo tomado por los estudios a ella consagrados. Los ejemplos expuestos son al respecto bien elocuentes. También muestran que la mención de Mosca no constituye una simple referencia literaria. Indica efectivamente un ámbito de discusión teórica y una necesaria dirección de la investigación centrados en la relación entre organización política, formas sociales y comportamientos económicos.

En un texto pionero, Galmarini²¹ muestra la íntima cohabitación entre comercio y burocracia en el Río de la Plata de la segunda mitad del siglo XVIII. El particular ordenamiento institucional de la monarquía hacía que las estructuras administrativas locales constituyeran un ámbito en el que se competía por mercedes. Bajo la forma de privilegios, franquicias, derogaciones, autorizaciones particulares o simple tolerancia al incumplimiento de la legislación, dichas mercedes aseguraban posiciones de renta. A su vez estos mecanismos se apoyaban en los lazos personales que vinculaban a comerciantes y funcionarios. Pero el

²⁰ Z. Moutoukias, «Réseaux personnels et autorité...», *op. cit.*, pp. 906-7.

²¹ Hugo R. Galmarini, «Comercio y burocracia colonial: a propósito de Tomás Antonio Romero», *Investigaciones y Ensayos*, n° 28, Academia Nacional de Historia, Buenos Aires, enero-junio 1980, pp. 407-439; e *idem*, n° 29, julio-diciembre 1980, pp. 387-424.

estudio de Galmarini trata de otro caso único, aunque excelentemente documentado. Lo cual nos devuelve a la relación entre generalización y ejemplos singulares, aunque sean numerosos (lo que por definición no constituye una muestra, aunque algunos consideren como tal la acumulación de ejemplos). Probablemente no exista una respuesta formalizada, más allá de la invocación a un arte inductivo que nos habilite a confrontaciones justificables.

Las redes de agentes descritas se nos presentan como un campo de relaciones de poder que aseguraban la organización de los negocios. Dichas relaciones articulaban tanto la negociación, la manipulación y el conflicto, como la cooperación, la reciprocidad y la solidaridad gracias a la lógica de la mediación, el arbitraje político y la protección. Otros estudios intentan mostrar que dentro de este contexto, la autoridad públicamente reconocida manejaba una diversidad de recursos que articulaban la acción. Esto facilitaba la movilidad ascendente de aquellos individuos cuyas carreras combinaban el comercio con el ejercicio de algún cargo público. Esta lógica social generaba el predominio de configuraciones caracterizadas por la articulación de redes sociales en cuyos nudos más densos encontrábamos grandes comerciantes conectados por vínculos primarios y titulares de uno o varios cargos.²²

En este sentido, la referencia a Hayek tiende a subrayar la construcción de esas configuraciones como la emergencia de un orden no intencional. En una sociedad donde se verificaban condiciones de ausencia, defecto o imperfección de instituciones especializadas en a) la ejecución de los contratos; b) la organización empresaria jerárquicamente establecida; c) la oferta de crédito y el acceso a la información; en esas condiciones, entonces, las redes de familias, parientes, amigos y clientes representan unidades pertinentes de análisis porque constituían precisamente la «organización» empresaria, otorgaban acceso a la información, al crédito y a los mercados. En esas circunstancias las redes personales tendían a identificarse con las estructuras de autoridad política. De tal suerte que representaban, al mismo tiempo, el cuadro en el cual se establecían los contratos y la institución que aseguraba su cumplimiento.

Al contrario del modelo de la red de familias notables, los supuestos que han organizado este texto es que quienes se casan son hombres y mujeres, no familias. Muchos de ellos, quizás la mayoría, lo hace internalizando y actualizando gustos, valores, preferencias y objetivos colectivos presentes en la cultura del medio y de la familia a la que pertenecen. Pero estos no son ni coherentes ni comprensibles por una sola persona. Ni pasivos, ni libres de restricciones, esos individuos actúan dentro de unas circunstancias en las que se combinan el azar demográfico, esos valores y objetivos y la mayor o menor habilidad para cristalizar aspiraciones personales. Esto basta para reproducir un orden social. Pero cambia nuestra visión de su dinámica. En cualquier caso, y cualquiera sea la opinión que merezcan estas afirmaciones, creo que los argumentos del texto y su confrontación con el ejemplo de arriba justifican la importancia que en él se ha otorgado al análisis cualitativo de relaciones sociales. Pero esta debe tender a una permanente confrontación entre microanálisis y reconstrucciones globales. Si tuviera que elegir una frase para resumir el sentido que para mí tiene el texto que acabo de presentarles, diría que ha sido un intento por subrayar la importancia que debemos otorgarle a la reconstrucción de los mecanismos que generan configuraciones globales.²³

²² Z. Moutoukias, «Negocios y redes sociales...», *op. cit.*

²³ F. Barth, «Models of social organization I», en F. Barth, *Process and form in social life*, Londres, Routledge & Keagan, 1981.